

La Revista Blanca



PUBLICACION QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGIA (Sección española): *El trabajo es una necesidad fisiológica*, por R. Mella.—*Congreso internacional de mujeres*, por Soledad Gustavo.—(Sección del exterior): *Evolución del darwinismo sociológico*, por C. Fages.

BIOGRAFIA: *Luis Pasteur*.

CIENCIA Y ARTE: *La ciencia*, por Jehan Prodicos.—*El genio del mal*, por Federico Urales —*Revista de revistas*.

SECCION LIBRE: *La cuestión Dreyfus y el desarme*, por Sebastián Faure.—*Americanismo*, por Anselmo Lorenzo.—*La doctrina del bien*, por Salvador Roma.—*Nos accusan*, por Donato Luben.

TRIBUNA DEL OBRERO: *Expansión*, por J. Tous Puey.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

ADMINISTRACIÓN

8, PONZANO, 8

MADRID

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.



SOCIOLOGÍA

Sección española.

El trabajo ¿es una necesidad fisiológica?

No me propongo hacer ahora detenido estudio de esta cuestión. Limitareme á exponer algunos razonamientos que pueden servir de punto de partida para un más profundo análisis del problema.

A las objeciones que los autoritarios hacen á la practicabilidad de las ideas anarquistas y, sobre todo, á la afirmación del trabajo voluntario en una sociedad libremente organizada, replicase generalmente que, siendo el trabajo necesidad fisiológica para el individuo, todos trabajarán voluntaria y espontáneamente, supuestas las condiciones de igualdad y solidaridad entre los hombres.

La réplica en tales términos hecha contiene una petición de principio: ¿Es el trabajo necesidad fisiológica?

Modo de actividad es el trabajo. El individuo, en su estado normal, es necesariamente activo porque el ejercicio se deriva inmediatamente de órganos y músculos. Es, por tanto, el ejercicio necesidad fisiológica á la que nadie puede escapar. Pero el trabajo no es el ejercicio propiamente dicho, no es el ejercicio en su sentido genérico, sino una determinada y bien definida especie de ejercicio en vista de un fin dado. El trabajo es el ejercicio útil. Útil, entiéndase, no sólo para el sujeto que lo ejecuta, sino también para sus semejantes; útil para aquél en lo que afecta á su organismo por la satisfacción de la necesidad de ejercicio, y útil también por lo que atañe á la economía individual y social, á la alimentación, al abrigo, al vestido, etc. Porque el ejercicio, en general, puede carecer de la condición de utilidad fuera del beneficio fisiológico del individuo que lo ejecuta, y en esto precisamente se diferencia del trabajo propiamente dicho. Un individuo cualquiera emplea sus energías, su actividad, en la gimnasia, en ejercicios atléticos, en el deporte hípico ó velocipédico, en la caza, etcétera. Lo hace, al parecer, por recreo y pasatiempo; responde de hecho á necesidades fuertemente sentidas. Para él, pues, es útil este ejercicio; pero resulta, bajo el punto de vista social y económico, improductivo para los demás y para sí mismo. En este caso, el sujeto en cuestión hace ejercicio, pero no trabaja.

Otro individuo, por el contrario, aun sin necesidad de ello por su posición en la sociedad, dedica su actividad á la producción de artefactos cualesquiera, ó bien cultiva su huerto, al parecer por pasatiempo también, pero respondiendo de hecho á las mismas necesidades del primero. Pues para este segundo sujeto es útil el ejercicio que ejecuta y lo es asimismo para sus semejantes; útil para él fisiológica y económi-

camente; productivo para él y para los demás hombres. En este caso hay ejercicio y hay trabajo.

Es, pues, el trabajo un modo especial de la actividad, como ya queda dicho; es una determinada clase de ejercicio, pero no es toda la actividad ni todo el ejercicio. Se puede hacer ejercicio muscular y mental sin trabajar, en el sentido social y económico de la palabra; y, por consiguiente, puede asimismo satisfacer la necesidad fisiológica del ejercicio mental y corporal sin trabajar.

La conclusión es terminante y precisa. Contestar que en una sociedad libre todo el mundo trabajará, porque el trabajo es necesidad fisiológica de la que nadie se puede excusar, equivale a sustituir una incógnita por otra en el problema, dejando la cuestión en pie y conduciendo los razonamientos del común de las gentes a la negación de la posibilidad del trabajo libre. Cualquiera podrá replicar que muchos satisfarán la incuestionable necesidad de ejercicio en diversiones y pasatiempos inútiles por lo improductivos.

En mi opinión, no es la necesidad fisiológica del ejercicio muscular y mental la que hace posible el trabajo voluntario. Es más bien la necesidad poderosísima de alimentarse, de vestirse, de abrigarse; es la necesidad de *vivir* la que nos induce a trabajar, es decir, la que nos dirige al ejercicio útil, la que nos obliga a emplear nuestra actividad en vista de un fin común por beneficio propio y ajeno. Sin el acicate de estas necesidades, la actividad humana marcharía sin rumbo y sin objeto positivo en el orden social y económico de la existencia. Tal ocurre a las clases aristocráticas y adineradas. Prevista de antemano la satisfacción de las necesidades primordiales, malgastan su actividad en juegos y vicios que fomenta la holganza.

Pero en una sociedad libre, donde todos los individuos se hallaran en condiciones de igualdad económica, donde la riqueza no fuera el patrimonio de unos cuantos, sino de todos, ¿sería de temer que la mayor parte de los hombres no quisiera trabajar voluntariamente? Yo digo que no, sin necesidad de afirmar que trabajarían, porque es necesidad fisiológica el trabajo. Trabajarían voluntariamente, porque tendrían necesidad de comer, de vestirse, de leer, de pintar, etc., y los medios de satisfacer todas estas necesidades no les serían dadas graciosamente por ninguna Providencia de nuevo cuño.

Se me dirá que resulta entonces, en fin de cuentas, que el trabajo es necesario para vivir. Si lo es, sin duda alguna; es necesario individual y socialmente, como derivación de las necesidades fundamentales de alimentarse, vestirse, etc. Es, no obstante, una necesidad de segundo orden para el organismo, no sentida mecánicamente; una necesidad de la que el individuo se da cuenta después de una operación analítica provocada por el hecho de la convivencia en sociedad; mientras que las otras necesidades son *primarias*, son las que nos conducen a la sociabilidad, y, por tanto, al trabajo y a la comunidad.

Por esto mismo, porque la razón positiva del trabajo voluntario y libre descansa en todas las necesidades fisiológicas, psíquicas y mentales, es de todo punto inconveniente argumentar en falso con la afirmación de que el trabajo es necesidad fisiológica cuando, como hemos visto, esta afirmación se reduce al ejercicio muscular y mental que, sin duda, puede ser ejecutado sin provecho para el individuo y para la comunidad, aun cuando al individual organismo acomode y plazca.

La mayor ó menor facilidad en resolver un problema depende en gran parte de la forma en que se plantee, de los elementos suministrados para el cálculo. Así, la de-

mostración de la practicabilidad de una doctrina corresponde á la manera más ó menos fundada de establecer sus elementos lógicos.

Reducida la cuestión á sus verdaderos y más sencillos términos, es siempre fácil resolverla, si la razón y la experiencia abonan la solución propuesta.

Tal es, en mi concepto, el medio adecuado para demostrar la posibilidad del trabajo voluntario, sin apelaciones á principios no bien fundados.

R. MELLA.

Congreso internacional de mujeres.

Londres.

Compañeras: Invitada por vosotras á asistir en ese Congreso internacional de mujeres en representación de la mujer española, como también en representación de LA REVISTA BLANCA, al daros las gracias, siento de todas veras que poderosos motivos me priven hoy de estrechar lazos fraternales y amistosos con vosotras que sois la vanguardia del progreso, pues representáis el porvenir de las futuras generaciones. Esto no es obstáculo, sin embargo, para que mi voz, la menos idónea de todas, deje de oírse entre las congresistas, y á este objeto, mi estimable amigo y compañero Tarrida del Mármol me presta su ayuda para transmitirlo lo que de viva voz deseara haber manifestado.

Adhiriéndome con entusiasmo á vuestros trabajos emancipadores, soy vuestra,

SOLEDAD GUSTAVO.

El trabajo de la mujer en España. ⁽¹⁾

El trabajo, equitativamente repartido, es ley de la vida y fuente de salud y bienestar públicos; pero cuando una sociedad holgazana lo impone como suprema ley á otra sociedad productora, el trabajo pasa á ser un castigo y una maldición. No en vano siente el ser los impulsos de la ira que produce la injusticia. Y es mucho más irritante aún que la parte débil—físicamente considerada—de la sociedad, la mujer, tenga que sobrellevar una carga superior á sus fuerzas, en tanto haya de los fuertes que viven en la holganza y el parasitismo.

Hablar del trabajo de la mujer española, es hablar en su más genuina representación de la esclavitud.

La mujer en España continúa siendo la bestia de carga, y como no se la da la instrucción que precisa, vive en plena Edad Media. Si concurre á la escuela durante su niñez, se la enseña sólo á rezar, y sale de allí con un bagaje de preocupaciones que la preparan para seguir siendo la víctima de todo. Las labores que ejerce son más inútiles aún que las que aprendía en épocas pasadas. Cuentan los cronistas que Isabel I de Castilla hilaba y trabajaba el lino. Si preguntáramos á cualquier señorita de la aristocracia actual, nos convenceríamos de que toda su ilustración consiste en cuatro reglas de educación que automáticamente repite toda la vida; un poco de música y

(1) Este artículo fué leído el día 27 por nuestro amigo Fernando Tarrida en el Congreso internacional del trabajo de las mujeres y de los niños, inaugurado en Londres el 26.

canto y saber disecar un canario. ¿Para qué más? La obrera ya suple la deficiencia suya.

En las naciones que van á la vanguardia de la civilización, como Francia, Inglaterra, Alemania y Norte América, á la mujer se la instruye y se la considera casi como al hombre; en España sólo se la explota.

Sin tener en cuenta los períodos, verdaderamente peligrosos para su salud, se la emplea en oficios malsanos, antihigiénicos y superiores á sus fuerzas. Ella baja al fondo de las minas y hace las labores más pesadas; en los arenales castellanos y con los ardores de un sol africano trabaja la tierra mientras el hombre huelga en el café ó en la taberna. En los grandes centros comerciales desempeña los oficios más vastos y menos lucrativos; en el taller ó en la fábrica gasta su juventud y su lozanía, haciendo verdadero derroche con esos esfuerzos gigantescos que tiene que sostener en la lucha por la existencia, y de ahí que cada día transcurrido se note un desgaste terriblemente enorme del vigor de esta raza, antes la más fuerte, tanto en su población indígena como por el cruzamiento de otras razas sanas y robustas, convirtiéndose en la más enteca que existe.

Por lo general, y sea cualquiera el oficio que tenga, trabaja doce y catorce horas diarias por una exigua remuneración, tan exigua, que ni basta á satisfacer las más perentorias necesidades. La obrera de fábrica y la de las cuencas mineras, es la que trabaja en peores condiciones, pues, después de un trabajo superior á sus fuerzas y de aspirar gases mortíferos, percibe un jornal máximo de seis pesetas semanales. De ahí que, descorazonada por la lucha constante que tiene que sostener con la miseria la obrera española, vea lanzada al lupanar con más frecuencia que la de otros países, que si bien está explotada, no se ve brutalmente impelida á su propia destrucción por los trabajos malsanos en que se la emplea, por la mala alimentación que forzosamente ha de llevar y por la carencia absoluta de talleres que reúnan condiciones que la higiene y ciencia moderna demandan de consuno.

En esas sociedades egoístas donde domina la ley del más fuerte, es inútil esperar que la mujer encuentre alivio á su carga descomunally pesada, y esa esperanza se hace más irrisoria cuando de España se trata. Y se hace irrisoria por muchas causas, entre las cuales señalaremos las siguientes: Primero, por las costumbres que la reducen á la simple condición de *cosa*; segundo, por la influencia del fanatismo que á las postrimerías del siglo XIX la posterga para que no entre en las vías de la emancipación; tercero, por un código que la llena de deberes sin concederle ningún derecho, y cuarto, porque el español, que heredó todos los defectos de los árabes, pero ninguna cualidad, es un holgazán y un vicioso, que vive más para la bohemia que para las empresas nobles y generosas.

Estar la mujer en mejores condiciones equivaldría á querer que el hombre, como sér fuerte por naturaleza, ocupara las faenas más rudas y más insalubres, y aquí donde el individualismo más feroz lo invade todo, es pedir peras al olmo pretender que el hombre abrogue sus derechos por sus deberes humanitarios.

En las varias regiones en que geográficamente está dividida España, la mujer en cada una de ellas tiene trabajo distinto; pero en conjunto todos convergen á un mismo fin: servir de bestia de carga:

En Vizcaya y Andalucía, la mujer sirve para descargar el mineral; en Asturias, para extraer el carbón; en los llanos de la Mancha, para labrar la tierra; en Castilla, cava, siega y hace todas las labores agrícolas, tanto bajo los ardores del sol como

sobre los témpanos de la nieve; en Cataluña, para marchitarse en locales cerrados é insalubres, como son la fábrica y el taller; Galicia, da un buen contingente de amas de cría para vigorizar la sangre de los anémicos hijos de aristócratas, cuyos padres derrocharon la vida en la orgía; en Aragón, sirve de canales de regadío, pues traslada el agua del Ebro á los confines de su región; en fin, en todas partes trabaja incesantemente, gastando un capital de salud, y no estudia en ninguna.

En España están cerrados para la mujer los oficios y carreras que dependan del estudio, con el pretexto de que no tiene inteligencia para cursarlas. Y diciendo esto, cuidan muy bien los hombres de mantenerla en un círculo reducidísimo, estrechando su esfera de acción en nombre de la moral, que no es otra cosa que unas costumbres cohibitivas, representación de la esclavitud en sus diversas fases que domina á la mujer española.

Urge, pues, interesarse por el trabajo de la mujer, como urge que se la instruya lo mismo que la de los países civilizados. La entrada de la mujer española en las Universidades sería el toque de alarma para el fanatismo intolerante que la subyuga y esclaviza, y por esto todos los Gobiernos que van sucediéndose, si tratan de mejorar la enseñanza, nunca tratan de la de la mujer, porque les conviene que continúe unguida al carro de la tradición.

Aunque enemiga de toda reglamentación por considerarla contraria á la libertad, estoy en que, reglamentar con equidad el trabajo de la mujer y del niño, en España sería una obra meritoria, tanto, que debería exigirse en nombre de la humanidad, ya que los sentimientos generosos se extinguen totalmente ante la explotación con la idea de acumular capitales, valiéndose de todos los medios, por denigrantes que sean, para conseguir su fin: ser poderoso.

No queremos ser injustos. El mal no es exclusivo de España, sino de todos los países civilizados que sostienen una lucha feroz por la existencia, por la inseguridad del mañana, lucha que agotará las razas, estenuadas por la anemia, si una pronta revolución arrolladora no concluye con ese reinado de bribones.

Pero en España la explotación de la mujer es mayor y más desconsoladora; pues los trabajos que penosamente haría un hombre, los hace la mujer, y, en cambio, trabajos que el hombre hace pudieran perfectamente ajustarse al temperamento, fuerza y modo de ser de aquélla.

Hay una verdadera desorganización entre organismos que debieran completarse unos á otros, y es que, el carácter español, aunque digan lo contrario los patrioterros, es egoísta y todo lo supedita á su *yo*. He ahí que no les importa que su madre, hija, esposa ó hermana sucumban en la lucha por la existencia, y que no se subleven y rebelen ante iniquidad tanta.

En las aldeas la familia necesita imprescindiblemente la ayuda del trabajo de la mujer y de la prole para ir tirando y para proporcionar buenas comodidades á los grandes hacendados dueños de la tierra y de ellos casi, y en los centros comerciales y fabriles, como la invasión de las mujeres al trabajo de los hombres ha rebajado la mano de obra, imprescindiblemente necesitan la ayuda de ella para defender la vida. Resultando que, cuando se concluyó la guerra y la conquista, y el hombre dejó de ser soldado para ser productor, quiso que la mujer trabajara, en contra del precepto cristiano que dice: «La mujer cuidará de la casa y la familia...» El burgués, aunque religioso y fanático, cuando no por convicción, por hipocresía, encontró perfectísimamente tal opinión; y ahora las mujeres han asaltado las fábricas y los talleres, han

ocupado los puestos de los hombres, han ayudado inconscientemente á la obra de explotación de la burguesía y se han reventado á sí propias. El único ganancioso en esa contienda de estériles resultados para el hombre trabajador, es el capitalista, que explota á la mujer inicualemente, y, por el mismo trabajo que el hombre, le da la cuarta parte de remuneración.

Hacer una estadística del jornal de la mujer es muy difícil en España que no se sigue norma alguna, y que, según las regiones, trabaja de una manera, y según qué regiones, de otra; pero podemos fijar un término medio, que es el de una peseta diaria. Costureras, planchadoras, peinadoras y todos esos oficios que representan pequeños burgueses, hasta llegan á ganar 1,50 pesetas diarias; pero, en cambio, tenemos la infeliz descargadora de carbón, la que baja á la mina para extraer el mineral, y la que trabaja la tierra, que nunca pasa de una peseta por día. De suerte que la mujer española, víctima constante del padre y del marido, que son sus tutores, del burgués, que es su explotador, y de las costumbres que la cohiben cuando soltera, cuando casada y cuando viuda, es la única que con razón puede llamarse esclava entre todas las mujeres del mundo civilizado.

Tanta indignidad y tanta injusticia no pueden tolerarse; y necesario es que una pronta revolución social venga á dar á la mujer los derechos que le corresponden.

SOLEDAD GUSTAVO.

Sección del Exterior

EVOLUCIÓN DEL DARWINISMO SOCIOLOGICO

II

No solamente las sociedades y las razas luchan entre sí, sino que en el seno de cada una existe, también, entre las diversas unidades colectivas y entre los individuos que la componen, la misma lucha. Ciertas formas de conflicto preséntanse en las sociedades con caracteres intermitentes, las guerras civiles por ejemplo, y en realidad estas guerras no son más que las crisis agudas de otros antagonismos que son continuos.

En el terreno de las relaciones económicas, los obreros luchan unos contra otros; hombres, mujeres y niños, contra los patronos ó contra asociaciones patronales. Los patronos luchan entre sí en las relaciones con su clientela y contra los obreros ó sus asociaciones.

Respecto á las relaciones genéricas, puede decirse que la historia de la civilización, desde su origen hasta nuestros días, es la historia del duelo de los sexos. (Léopold Lacour: *L'Humanisme Integrale*.) El hombre, como más fuerte, ha conseguido hacer de la mujer su subordinada y hasta su esclava. La lucha es hoy más viva que lo ha sido en ninguna época.

En las relaciones jurídicas hay conflicto perpetuo, ó según la expresión de Ihering, lucha por el derecho, lucha por la defensa de éste y lucha por su conquista. «Todos los derechos del mundo han sido adquiridos luchando; todas las reglas im-

portantes del derecho han sido arrancadas por la fuerza á los que se han opuesto, y si existen los derechos de un pueblo ó de un individuo, es porque se está constantemente dispuesto á sostenerlos.»

Es casi superfluo hablar de las hostilidades sangrientas ó pacíficas de las comuniones religiosas en toda época y todo país, de los conflictos entre los partidos políticos, en la Ágora ó el Forum, en las asambleas y parlamentos, por la palabra ó á mano armada, en el libro y en el periódico, y en fin, la lucha de artistas y sabios entre ellos y contra el público, es decir, contra los prejuicios y creencias falsas, la ignorancia, la rutina y el misoneismo reinante, por ser luchas de todos conocidas.

En resumen, la lucha es universal. Los teoristas del darwinismo están de acuerdo sobre este punto. Pero al considerar los efectos de la concurrencia, los actuales teoristas radicales del seleccionismo se han desengañado ellos mismos del sueño optimista de los primeros teoristas.

III

Según los protagonistas de la doctrina, la competencia es la causa esencial del progreso histórico y social. La lucha de las naciones y las razas entre sí, y de los individuos y clases en un mismo Estado, da por resultado la desaparición de los débiles y el triunfo de los fuertes. Como las virtudes encarnadas en los vencidos se transmiten por herencia, el progreso va creciendo á medida que las generaciones se suceden.

Debido á las luchas seculares se han fundado los grandes pueblos y potentes Imperios y después de una selección que ha eliminado las razas degeneradas ó atrasadas, se ha fundado la supremacía de aquellas, cuya fibra física y moral es más resistente y fuerte.

La guerra, en particular, bajo su apariencia brutal, ha sido una obrera bienhechora del progreso; pues según Darwin, ha sido útil al perfeccionamiento de ciertos salvajes. Hoechel, después de haberla combatido, acaba por afirmar que es el arma que asegura el desenvolvimiento de las sociedades.

Bagehot dice: «Toda la historia de la civilización, es la misma que la del arte de la guerra. La civilización principió por la supremacía militar, y continúa progresando bajo la influencia del mismo factor. Desde la época que las poblaciones dolicefálicas expulsaron por primera vez las braquicefálicas de las mejores tierras de Europa, toda la historia europea no es más que la superposición de las razas más militares sobre las menos fuertes y disciplinadas.» La guerra es, pues, una justicia armada cuya decisión se funda en el valor exacto de las naciones beligerantes.

La ortodoxia darwinista ha tenido también sus heréticos. Gumplowicz no admite la hipótesis del progreso indefinido por la concurrencia. La guerra secular de razas, dice, es la obrera de la civilización; pero es una fúnebre obrera condenada á principiar eternamente su obra. Los conocimientos históricos no confirman la creencia del progreso continuo por la lucha de grupos étnicos; al contrario, estos conocimientos nos inducen á creer en una ley de perpetua legalidad entre las épocas. Grandes Estados se forman, viven, llegan á la plenitud de su desarrollo y luego desaparecen por los rudos golpes de la barbarie ascendente, que prospera á su vez para ceder luego puesto á otra raza, sin progreso ni regresión real para la humanidad, porque ésta no cambia de naturaleza. Nuestra época no es superior á la de Aristóteles. En resumen,

que según Gumpnowicz en materia de evolución histórica, no puede haber un principio, un desarrollo, un máximo y una decadencia.

M. Vacher de Lapouge es más concreto todavía en su pesimismo sociológico. Los dólicos son, sin duda, según él, los fundadores de la civilización; tipos de ese género ó de análogas condiciones son los que han dominado en la mayor parte de los grandes Imperios y han emprendido la mayor parte de las conquistas del pasado, y los que en los tiempos modernos han extendido su dominación sobre todas las partes del Globo descubiertas y accesibles. Pero, si las naciones nacen, viven y prosperan por la virtud de sus elementos dolicoídes, la cantidad de eugenismo que éstos representan no es inextingible; y cuando este capital se agota, las naciones caminan hacia su perdición en favor de la superposición de los eugenismos de los braquicéfalos, y entonces se desagregan por los sordos y múltiples ataques de la braquicefalia invasora. Si los dólicos son los obreros de la civilización, los braquis son los demolidores. El resumen de la doctrina de M. Vacher de Lapouge es que las naciones nacen y mueren como los animales y las plantas, no dejando detrás de ellas más que «residuos que no pueden servir para fundar pueblos nuevos»; grandes pueblos crecen y desaparecen, sin que ninguna educación pueda reanimar el polvo de hombre que allí queda. Acabadas las civilizaciones de Oriente, nada ha podido sacarles hasta aquí de su eterno sueño. Muerto el mundo greco-romano sin provecho apreciable para el Oeste y el Noroeste de Europa donde la vida se para, ¿cómo hallar en la sucesión de imperios que se desmoronan, la nutrición necesaria al sentimentalismo soñador de los utopistas para quienes la continuación histórica es la marcha de la humanidad hacia un paraíso transportado del cielo á la tierra? Todo progreso conocido, no es más que exterior ó aparente, porque éste se paga con el capital del eugenismo, y este capital se agota en nosotros, como se agotó en Oriente, Grecia y Roma.

Es un hecho de la civilización cuando brilla con todo su esplendor, el haber consumido, porque ella representa la fuerza traducida á la realidad, el manantial de energía é inteligencia donde los eugénicos alimentaban su fuerza.

Seis siglos necesitó Grecia para llegar al esplendor de la república de Atenas, y para destruirla bastaron ciento cincuenta años. Sustituir á la generación de los hombres robustos y emprendedores que apareció durante la época médica y que produjo los gloriosos artistas de la clásica, por la multitud, sin vigor y sin genio de extranjeros y libertos que en tan poco tiempo, relativamente, hicieron una Grecia sin griegos. Roma se engrandeció y murió de la misma manera; los invasores bárbaros, en vez de los héroes de las guerras púnicas, no hallaron más que residuos de Asia, Africa, de la Gaula, España y de las provincias italianas gastadas por una selección regresiva. El imperio de Oriente acabó peor todavía bajo el despotismo de la soldadesca turca.

En la Europa moderna, excepción hecha de las islas británicas, la raza de instintos pasivos y serviles de los braquicéfalos, casi ha eliminado por completo la raza valiente y aventurera de los dolicoídeos, y nosotros mismos desapareceremos en breve plazo, si no nos rehacemos contra la decrepitud inevitable, cuyos signos nos anuncian evidentemente que ya está encarnada en nosotros.

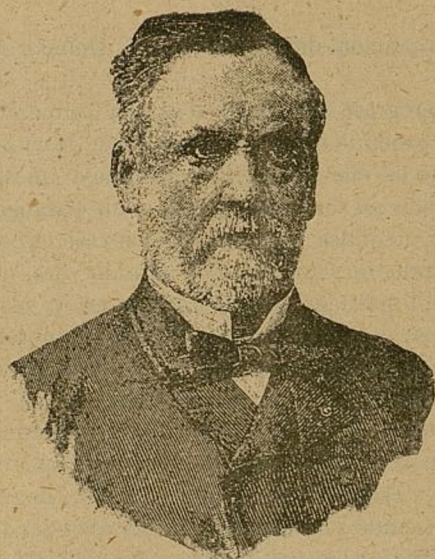
Todo tenido en cuenta, la evolución de las sociedades como la de los organismos, no implica por sí misma ninguna idea de progreso ni regreso. Decir que las transformaciones sociales son favorables ó no, es introducir en la doctrina un criterio teológico que no cabe en ella; y además toda transformación, aunque sea progresiva, ha de

ir necesariamente acompañada de regresión. (V. Demoor Massart y Vaudervelde: *L'évolution regressive*.)

Si la doctrina del progreso en conjunto es una quimera, la del progreso por la guerra no tiene mejor fundamento. La guerra, dice Novicow, es un procedimiento de la concurrencia; pero es ella quien más nos une á nuestros orígenes animales, pues los menos racionales no se les puede poner en parangón con nuestras luchas económicas, políticas ó mentales, que no existen casi entre ellos. A lo más tuvo razón de ser en el período de canibalismo; en todo caso, pasado este período, la guerra no ha realizado los fines que se le atribuyen y sus pretendidos beneficios fisiológicos, económicos, políticos, intelectuales y morales, son absolutamente negativos. Lo que sí ha determinado, á decir verdad, es una selección al revés. M. Vacher de Lapouge, excepto en rarísimos casos, estima también, que la guerra es una locura nefasta que conduce los pueblos y los individuos á la perdición; y que la selección militar es la más desastrosa de todas. Ya lo hemos dicho en otra parte resumiendo su opinión. (*Revue Socialiste*, Julio del 97). La guerra ha diezmando la especie humana y ha preparado y precipitado la decadencia, destruyendo todo lo bueno sin ningún provecho para el porvenir. El pasivo de esta selección, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, es formidable por más que no se haya podido establecer con exactitud, porque todos los cálculos no son más que aproximaciones muy por debajo de verdad sin duda alguna. Se calculan en cuarenta millones los hombres muertos por la guerra en cada siglo; ó sea cuatrocientos mil por año, más de mil por día y más de cincuenta por hora; la cantidad de sangre derramada próximamente por siglo asciende á seis millones de hectólitros, ó sea seiscientos metros cúbicos por año, diez y seis mil litros por día y seiscientos ochenta por hora. Y no es la parte degenerada y enfermiza de una raza la que la guerra devora, sino al contrario, á sus mejores hombres, á los que mejor representan y fomentan la vida; particularmente en los pueblos modernos, donde los deformados y débiles de toda especie están libres de todo reclutamiento y pueden por esta y otras razones fomentar la pobreza física en la sociedad y perpetuar los defectos originales ó adquiridos. El sacrificio de los elementos sanos de un pueblo: he ahí el efecto de la selección militar, menos perjudicial en las épocas de salvajismo y barbarie primitiva, en las que las mujeres eran la presa codiciada de los fuertes, pero radicalmente funesta en los tiempos modernos. Los efectos indirectos no son menos desastrosos: degeneración de los pueblos, derroche de riquezas, ruína de ciudades florecientes como Florencia, ó de gloriosas naciones como Grecia, fomento de pasiones antisociales, bandidaje, intolerancia, despotismo, parasitismo, desbordamiento de apetitos groseros, corrupción de la moral pública etcétera, etc... La paz armada no es menos deplorable, porque se conservan en parte los vicios de la guerra y se consumen las fuerzas vivas de la nación. La Europa actual sacrifica cada año al Dios de las armas un presupuesto de diez mil millares de millones de francos. De todo esto resulta, particularmente, según las averiguaciones de M. Vacher de Lapouge, que la selección militar favorece la multiplicación de los braquicéfalos, es decir, del desecho de los pueblos, en detrimento de los dolicoideos ó sea la parte digna y vigorosa. El optimismo de los Bagehot y los Hachel no puede tener denuncia más evidente de su propia derrota.

C. FAGE.

(Continuará.)



Luis Pasteur

La microbiología y bacteriología tienen por objeto el estudio de los seres microscópicos vegetales y animales, esparcidos con tan asombrosa profusión en la naturaleza, en el agua, el aire y el suelo, y que tan importante papel desempeñan en todas las manifestaciones de la vida sobre la superficie de nuestro planeta. Esta ciencia es una de las más interesantes de cuantas existen, y puede decirse que en ninguna se han realizado, en los tiempos más recientes, tan grandes y sorprendentes progresos.

La microbiología y bacteriología son una conquista de la ciencia moderna y su fundador es el sabio francés Luis Pasteur, cuyas investigaciones, acerca de los fenómenos de la fermentación, constituyeron los cimientos del maravilloso edificio por él labrado y merecen, pues, que con algún detenimiento nos ocupemos en ellas.

En la época en que los citados fenómenos empezaron a llamar la atención de Pasteur, creíase comunmente que las fermentaciones eran efecto del oxígeno atmosférico; se suponía que dicho gas influía en productos animales y vegetales no fijos, en tal manera, que estos productos comunicaban los trastornos por ellos experimentados a otras sustancias en contacto con ellos, produciéndose así su descomposición. En efecto, pocos años antes Cagniard-Latour había demostrado que la levadura de cerveza se componía de las células de un hongo perfectamente perceptible con el microscopio, que aumentaban del mismo modo que las fermentaciones de regaliz, y atribuyó la descomposición del azúcar en alcohol y ácido carbónico al desarrollo de dicho microorganismo. En Alemania, Schwann, que por su parte é independientemente había descubierto el hongo fermentativo, publicó muy curiosas observaciones acerca de la descomposición de la carne, abundando en las ideas del precitado. Estas ideas, compartidas por otros muchos autores, fueron por fin rechazadas, máxime cuando la gran autoridad de Justo Liebig las hubo condenado.

Pasteur, después de haber sido nombrado, á pesar de su juventud, decano de la Facultad de Ciencias Naturales en la Universidad de Lila, en cuya ciudad los produc-

tos de la fermentación alcohólica forman un principal artículo de comercio, aprovechó esta ocasión para estudiar á fondo los fenómenos de dicha fermentación y adquirió la firme convicción de que la hipótesis de Cagniard-Latour era absolutamente exacta. Hasta entonces en ninguna fermentación habíanse observado fenómenos que remotamente se parecieran á los de la levadura de cerveza. Pasteur empezó por observar estos fenómenos en la transformación de la azúcar en ácido láctico. Esta fermentación láctea la provocó añadiendo una sustancia animal, como por ejemplo la fibrina á una solución de azúcar y de cal, de modo que pudiera combinarse con el ácido producido. Pasteur descubrió lo que, hasta ahora, nadie había observado: que se formaba un fino residuo grisáceo, por fuera muy poco diferente de la fibrina en descomposición y que iba aumentando á medida que progresaba la fermentación.

Le llamó la atención la analogía del creciente residuo con la levadura de regaliz, y al examinarlo con el microscopio, halló que se componía de partículas homogéneas y de igual volumen.

Nuestro sabio no era un biólogo; no obstante, á pesar de que aquellas partículas, comparadas con las partes elementales del hongo de la levadura de cerveza, eran extraordinariamente pequeñas, desde luego se convenció de que ambas eran análogas y células de una formación fungosa idéntica. Esta la consideró como el fermento esencial, mientras en su opinión la fibrina y todas las demás sustancias, hasta ahora consideradas como fermento, no eran, en combinación con el azúcar, sino alimentos de los consabidos hongos. Demostró la exactitud de esta hipótesis apartando la fibrina y todas las demás sustancias animales y reemplazándolas por sales minerales de igual valor alimenticio. Después de haber añadido un poco del residuo gris á una solución de azúcar que contenía dichas sales y un poco de cal, se produjo una fermentación láctica mucho más enérgica que la obtenida por la vía habitual.

Entramos en estos detalles porque demuestran la perspicacia de observador, la genialidad de experimentador, la intuitiva inteligencia de lo exacto que distingue á Pasteur. Este practicó luego una larga serie de otros hermosos experimentos, que todos demostraron de una manera incontrovertible que todos los fenómenos fermentativos, inclusive la putrefacción, son debidos al desarrollo de microorganismos.

Y natural era que, después de haber descubierto este importante hecho, Pasteur tratara de descubrir el origen de las bacterias que había reconocido como la causa esencial de los diversos fenómenos de la fermentación.

Existía entonces generalmente la opinión, aun entre naturalistas eminentes, de que aquellos seres, inferiores y sumamente pequeños, nacían espontáneamente al descomponerse las sustancias orgánicas. Esa doctrina de la generación espontánea, después de haber sido poco á poco desalojada de varias posiciones que antes ocupaba para con seres orgánicos, visibles á simple vista, había encontrado un último refugio en dominios científicos, donde los objetos de estudio eran tan pequeños que su funcionalismo y su historia eran muy difíciles de definir. También aquí Pasteur vió en seguida, en cierto modo instintivamente, dónde estaba la verdad, y penetrado de la gran importancia del asunto, consagróse con verdadero fervor á su esclarecimiento. Con su experimento quedó demostrado que ni el oxígeno ni otra parte constitutiva del aire atmosférico introducían en la solución de levadura sustancias orgánicas algunas, y Pasteur pudo formular su célebre frase: «que la generación espontánea es una ilusión y que hasta los seres más ínfimos y diminutos sólo pueden ser procreados por otros seres semejantes.»

Perseguendo sus estudios, demostró Pasteur la inmensa importancia de esos organismos inferiores, en la economía de la naturaleza. Por su influjo se descomponen los cadáveres de plantas y animales en elementos más sencillos, los cuales, á su vez, son particularmente aptos para asimilarse á nuevas formas vitales. Sin ellos estaría el mundo, según la expresión de Pasteur, atestado de cadáveres. De ellos depende, no solamente nuestro bienestar, sino también nuestra existencia. Estos ó parecidos microbios desempeñaron tan útiles funciones en remotos períodos de la historia de nuestra tierra, y á fe que no carece de cierto atractivo el pensamiento de que ya existían organismos de índole tan sencilla cuando en el globo despuntó la vida, y que dichos organismos, muy probablemente ya habían empezado su humilde, pero sumamente provechosa labor en las épocas geológicas.

Los descubrimientos de Pasteur, no solamente han sido utilizados por los industriales, los biólogos, los filósofos, los químicos, sino que han operado una verdadera revolución en la cirugía.

¡Gloria á la ciencia que tales experimentos permite, y loor á Pasteur, uno de sus más entusiastas propagadores!



Participamos á nuestros amigos que se está imprimiendo la nueva edición de los números 1 y 2 de esta Revista, y que dentro de poco podremos servir los pedidos.

También hemos de manifestarles que en el número próximo publicaremos el primer artículo de la obra que nuestro querido compañero y maestro Pedro Kropotkine escribe para LA REVISTA BLANCA, y que anunciábamos en el número anterior.

Si no nos falta el apoyo de los amigos y del público, realizaremos grandes empresas. No pedimos más que actividad y constancia en el cumplimiento del deber.

Desde el próximo número empezaremos á publicar *Zola en Londres: historia de once meses de emigración del gran escritor, contada por Ernest A. Vizetelly*.

Esta obra se publica actualmente en inglés, y así que van apareciendo los cuadernos, el amigo Fernando Tarrida los envía á LA REVISTA BLANCA, donde nuestro querido compañero de redacción Fermín Salvochea los traduce para esta Revista y para *Progreso*.

Según Tarrida, que es el que conoce el trabajo, ha de gustar mucho á nuestros lectores.





CIENCIA Y ARTE

LA CIENCIA

Hay en este momento una cuestión que preocupa vivamente al mundo científico: la de la utilización de los saltos de agua, naturales ó artificiales, para la generación de fuerza eléctrica. ¡Qué reserva tan prodigiosa de fuerzas imprevistas no nos ofrecen las montañas! Apenas se ha empezado á utilizarla, más ó menos, en los Alpes, en el Delfinado y en Saboya; pero el movimiento tiende, indudablemente, á agrandarse, y las industrias cada vez más se irán desarrollando en esas regiones, hoy en parte desiertas, donde vegeta una población miserable, casi apartada de la actual civilización y sobre la cual ejerce el cura una autoridad incuestionable.

Si la nieve ha sido improductiva, bajo el punto de vista industrial, en un próximo porvenir desempeñará una misión de la mayor importancia. M. Berges, un ingeniero de gran mérito y de fecunda iniciativa, la ha llamado la *hulla blanca*. Nombre feliz, que es verdadero, pues ella puede utilizarse creando saltos de agua de mayor ó menor altura, cuyas turbinas, accionando sobre los dinamos, almacenan la fuerza.

En los Alpes franceses se podría por ese medio crear una fuerza de cinco millones de caballos de vapor por lo menos, y en las montañas francesas, reunidas la potencia obtenida, pasaría de diez millones de caballos. Y se comprenderá la importancia de esa fuerza comparándola con la total que actualmente se emplea en Francia en las fábricas, ferrocarriles y navegación.

Según una estadística reciente del ministerio de Fomento, las 87.476 máquinas de vapor alimentadas por la hulla negra, arrancada con tanto trabajo á la tierra, producen en números redondos 6,282,547 caballos de vapor.

Cuando se sepa y quiera utilizar la hulla blanca de las montañas, gracias al poder infinito de la electricidad, se podrá hacer mover un número de máquinas tres veces mayor del que hoy funciona accionado por el carbón.

Pero nuestros políticos de bajo vuelo, en vez de pensar en trabajos de utilidad pública que pudieran dar vida á regiones desgraciadas, prefieren ocuparse de los emolumentos escandalosos que disfrutan los altos dignatarios del estado: los generales, almirantes, obispos, etc.; pero, así y todo, la cuestión está planteada, y tendrá que resolverse tarde ó temprano por las iniciativas individuales ó colectivas.

A esta cuestión, cuya importancia es por todos reconocida, se agregan otras, como, por ejemplo, la de corrección de los torrentes, la forestal y la hidráulica agrícola. También ellas son capitales, pues su solución puede multiplicar al infinito la riqueza de todo el país, y evitar desastres, como las inundaciones, que vienen periódicamente á anular los esfuerzos de los trabajadores de las montañas y del llano; pudiendo, en

fin, hacer la tierra más fértil por la construcción de canales de riego ó, lo que es lo mismo, aumentar la producción.

Se han elaborado proyectos, pero sólo por rara casualidad ha podido salir alguno del fondo del cajón á donde habían sido arrojados; lo que prueba una vez más que los verdaderos intereses del pueblo ceden el puesto á los inútiles pontífices del funcionarismo oficial.

Sin embargo, bajo el impulso de la opinión, á la que es costumbre resistir todo lo posible, se concede de tiempo en tiempo alguna satisfacción secundaria; y así es como se han repoblado algunos montes y mejorado el régimen hidráulico de algunas regiones.

Hace algunos años Aimé Girard imaginó un procedimiento para destruir por el ácido sulfúrico los restos animales acusados de contener los gérmenes de enfermedades infecciosas; pero ese proceder dista mucho de haberse generalizado á pesar de su bondad. En los receptores de los desagües de algunas ciudades, como Marsella, Grenoble, Nantes, etc., se emplea el ácido sulfúrico ventajosamente, quedando así suprimidos los malos olores, debido á las propiedades antisépticas de primer orden que posee dicho ácido; y, en fin, el resultado de esa acción química se convierte en un abono excelente para la agricultura.

El método de Aimé Girard, según lo hace observar M. Sindet, se practica mejorado en Ginebra. Un veterinario de esa ciudad, llamado M. Flocart, ha instalado un depósito de los productos de las madronas para ser tratados por el ácido sulfúrico, dando lugar á la fabricación de supersulfatos. Y mientras que Aimé Girard sólo empleaba el referido ácido á 60 grados, M. Flocart lo usa á 66, alcanzando mejor resultado.

Cuando llegan los cadáveres al depósito son inmediatamente sumergidos en cubas, donde entran en descomposición. La operación queda hecha, en verano, en veinticuatro horas, llegando en invierno hasta un máximo de setenta y dos. Estos supersulfatos contienen de 0,60 á 1,50 de ázoe, hallándose completamente purificados.

Bien puede decirse con razón con el poeta popular que

«Todo es bueno en la Naturaleza».

JEHAN PRODICOS.

EL GENIO DEL MAL

Ofendieronme quienes me consideraron capaz de dejar escondidos á mis lectores detrás de la robusta mata de mi bosque. El hecho, un tanto descortés, tiene la siguiente explicación:

Necesitaba terminar cuanto antes el artículo, cuento ó lo que fuese, y contando anticipadamente con la benevolencia de ustedes, les dejé allí con la buena intención de ir á buscarles tan pronto como pudiera de nuevo emborronar cuartillas. ¡Que debía avisarles! Convenido; pero ¿quién no peca una vez en este mundo?

Conque ya estoy de vuelta; sacúdanse el polvo y andando, que aún falta algo que ver y que oír.

Amenazando se fué el *genio del mal* sin admitir la propuesta que de jugar le

hizo el pequeño sociólogo; y los niños, mis amados discípulos, continuaron gozando de los beneficios que la naturaleza, siempre pródiga, les brinda, y que, á falta de una sociedad como aquella justiciera, les brindo yo con mis teorías generosas, que han de ser realidades en un porvenir, cuya cercanía me tiene sin cuidado.

Por los propios ojos de ustedes pueden verlo. En paz y tranquilidad se han comido las cerezas mis alumnos, aquellas cerezas que representaron planes de discordia y de malquerencia. Ellas habían de desempeñar el mismo papel que entre ustedes, los hombres, desempeñan los *premios* al trabajo, á la inteligencia, al valor, á la astucia, á la hermosura, á la fuerza, y que se convierten, al convertirse en propiedad, en objeto de encarnizada lucha.

Dijérase á los hombres lo que yo digo á los niños: ¡en partes iguales! cuando es poco lo que les entrego; ¡para todos! cuando es abundante, y los hombres no tendrían motivos para odiarse de muerte, como hoy acontece.

¡Claro! se obtuvo la tranquilidad á costa del sacrificio del más abnegado, porque el pillete aquel, en lugar de traer veinte manojos de cerezas, como podía y debía si hubiese pensado en el bien, trajo las cerezas necesarias para que, á la vista de fruto tan escaso y hermoso, á una lo codiciara aquella pequeña humanidad y á puñetazos lo disputara.

Si; comprendido, lo humano es eso; pero no lo natural ni lo justo, porque nosotros, hoy día, ni somos naturales ni podemos ser justicieros. La naturaleza no da vida en partes diferentes, según los hombres; no prefiere los sabios á los tontos, los hermosos á los feos; los prefiere á todos. Y cuenta que eso de la fealdad y de la tontez no es natural, tal como se presenta hoy día; porque ni seríamos tan feos ni tan bestias si las condiciones sociales permitieran otro cultivo del cuerpo y del cerebro. Además, las desigualdades económicas originan otras desigualdades. Hay clases en lo intelectual y en lo físico, porque hay clases en lo económico. En otra sociedad no seríamos todos igualmente sabios é igualmente guapos, pero del sabio al necio, del hermoso al feo no iría la diferencia que va hoy; ni, eso aún es más bello, los que se creen elegidos podrían fundar su saber en la ignorancia del vulgo. Por manera que eso que hemos dado en llamar desigualdades naturales son sofismas hasta cierto punto, y lo son hasta el fin en cuanto estas desigualdades en otra sociedad se manifestarían en perjuicio de los que en la actual se creen superiores. Podremos creer en tales diferencias cuando la naturaleza y el ambiente puedan verter su influencia benéfica y justa sobre todos los mortales. Mientras los hombres continúen sujetos á diferentes medios educativos, sociales y económicos, las desigualdades de cuerpo y de espíritu no serán naturales, serán sociales. El obrero, capaz de aspirar á vida mejor, es mucho más inteligente que el sabio dedicado á defender, muchas veces por conveniencia y no por convicción, las injusticias reinantes. La sinceridad es siempre mejor prueba de perfección que el saber y el odio á la injusticia, aunque se anida en un cerebro inculto, es una condición mucho más recomendable que la defensa de lo injusto, aunque el defensor sea un sabio.

Si, dicen ustedes bien; lo humano es reventar al prójimo, pero es porque nuestra humanidad no es un producto de la naturaleza. Hay quien, creyendo en sus buenas condiciones, cree en las malas de los demás y no en las buenas de los otros. Sin embargo, todas estas creencias son injustas. Si soy bueno, ¿por qué dudar de la bondad ajena? Si soy malo, ¿por qué no he de dar á mi maldad el valor social que tiene desde que entre mi persona y la naturaleza se ha interpuesto un cuerpo extraño que

altera mi físico y mi intelectual? ¿Quién de ustedes puede decir: yo pienso, siento, amo y quiero así, porque así lo ha querido mi naturaleza? Ninguno.

No somos malos, naturalmente; somos malos socialmente, y sobre nuestros defectos no puede basarse la razón de las injusticias presentes, con sus autoritarismos y privilegios; ni fundar los obstáculos de las justicias futuras con su igualdad, madre de la moral, y con su libertad, madre del orden. Creer que la sociedad no puede ser mejor, porque no lo es el hombre, es dar á la idea del libre albedrío, trasnochado y en desuso por la ciencia moderna, el valor que tiene el ambiente. ¡Ved este árbol! Imposible más lozanía y verdor. ¿Por qué? Porque aquí le da el sol, el agua y el aire. Llevadlo donde le falte eso y ya no será lo que es, por bueno que sea su origen. Lo mismo pasará con los hombres hoy raquíticos y enfermizos. Cambiemos el ambiente, y sus cerebros y su cuerpo funcionarán de modo admirable, por malo que hoy nos parezcan.

¡Que una cosa son las condiciones morales y otra las físicas! Craso error. No hay hombres morales con sufrimientos físicos. Decidme si la salud es hoy posible.

¡Otro error! El hecho de que la humanidad se contente con *eso*, no supone carencia de cualidades para gozar estado más justo, puesto que aquí estamos nosotros que no cesamos de pretender y propagar sociedades nuevas, ni dejamos de ser enemigos irreconciliables de la injusticia que imperan, ni de progresar continuamente.

En eso estamos conformes. El sacrificio no es natural, y, por consiguiente, en él no puede basarse ninguna sociedad justa, pero el sacrificio, ó mejor dicho, el altruismo es una necesidad social como lo es el egoísmo. Este morirá cuando el hombre tenga asegurado el porvenir y aquél cuando al ser humano no le falte nada aunque le falte el cuidado del altruista. Nuestro pequeño sociólogo hubo de sacrificar su deseo de comer cerezas á la necesidad que sentía de hacer bien, porque el bien era un mal necesario. Sin embargo, aquella necesidad no hubiese existido de haber cerezas para satisfacer á todos mis alumnos: en el mundo hay lo menester para la satisfacción de todas nuestras necesidades físicas é intelectuales.

¡Calla! Charlando charlando, me he olvidado de decirles que tomasen asiento. Siéntense ustedes.

FEDERICO URALES.

REVISTA DE REVISTAS

Musée Social (Paris).—La Junta de la Sociedad *Musée Social* ha tenido la amabilidad, que agradecemos mucho, de enviarnos, á cambio de nuestra publicación, todo el cuarto año del *Boletín* de dicha Sociedad. Tratar de la importancia que reviste esta institución es poco menos que imposible en España, donde los más recalcitrantes prejuicios de escuela dominan á todas las clases sociales. Pero amantes como somos de la verdadera libertad, que ni pone límites al pensamiento ni exclusivismos á las aspiraciones generosas, lo intentaremos, siquiera para demostrar que la emancipación social debe alcanzarse; es más, sólo puede alcanzarse con el estudio de todo lo que á este fin camina. La Sociedad *Musée Social* tiene por objeto poner gratuitamente á la disposición del público, con informaciones y consultas, los documentos, modelos,

planos, estatutos, etc., de las instituciones y organizaciones sociales que tengan por objeto mejorar la situación material y moral de los trabajadores. Y allí, en amigable consorcio, vemos en la Biblioteca, donde el obrero cosmopolita (hay obras y periódicos de todos los idiomas del mundo civilizado) va á instruirse, lo mismo libros que le enseñan lo que es el comunismo libertario, que lo que es el socialismo de Estado. Periódicos y revistas como *Le Père Peinard*, *Revue Blanche*, *Les Temps Nouveaux*, *L'Humanité Nouvelle*, *Le Journal du Peuple*, anarquistas, y la *Revue Socialiste*, *La Unión Cooperativa*, *Le Socialiste*, órgano central del partido obrero francés, etc., etc. La educación social de la humanidad no pertenece á este ó aquel partido, y no con diatribas y malquerencias se demuestra la bondad de una doctrina ni se enseñan los derechos sociales. Y esta educación falta en el socialismo español.

El número de Enero está dedicado á la *Federación Obrera de Gante*, con infinidad de datos y consideraciones. El de Febrero al *Movimiento sindical en Francia*. En el de Marzo hay una conferencia que Charles Gide dió en el local de *Musée Social*, versando sobre *Concurrencia ó cooperación*. El de Abril á *Los obreros de caminos de hierro de los Estados Unidos*. Y el de Mayo á los *Costeros y pescadores de bacalao en Terranova é Islandia*. Todos detallando minuciosamente el estado y condición de los obreros que desempeñan los trabajos que se explican en el *Boletín*.

L'Humanité Nouvelle (París).—Conocida es la importancia de esta Revista parisién. Tenemos tres números á la vista, los tres á cual mejores. En el de Mayo hay un trabajo titulado *El alcoholismo y las condiciones del trabajo en Bélgica*, en el que se combate, con alteza de miras, los efectos del alcohol y la opinión que generalmente domina de que las bebidas fuertes son convenientes á la salud para fortalecer los miembros y vigorizar la sangre. Hay también, entre otros trabajos, una Conferencia dada en el Colegio libre de Ciencias Sociales por Eugenio de Roberty, titulada *Moral y Política*, en la que el conferenciante sienta la afirmación de «que separar la política de la moral es poner en principio que las necesidades de la colectividad son, por esencia, hostiles á la necesidades del individuo y á los intereses concomitantes de la verdad, de la humanidad, de la justicia». En el número de Junio hay un trabajo de G. Sorel, titulado *Algunas objeciones al materialismo económico*, en el que estudia lo que debe entenderse por materialismo económico. Dice que, durante largo tiempo, los historiadores creyeron que su misión era la de buscar los motivos que habían decidido los actores principales, pues la historia diplomática era una recopilación de intrigas y de estudios psicológicos, donde se hacían los retratos de los personajes y donde escudriñaban su conciencia y juzgaban sus actos. Hoy parece están de acuerdo en rechazar toda clase de consideraciones de este género, y buscan, donde es posible encontrar, las causas de los acontecimientos. El número suplemento especial es una hermosa información sobre *La guerra y el militarismo*, con las firmas de los más caracterizados escritores y hombres eminentes.

Ciencia Social (Buenos Aires, Abril).—Buena impresión y mejor fondo es siempre la característica de esta simpática Revista argentina. En el número de Abril hay la biografía y retrato del poeta anarquista inglés William Morris, un artículo titulado *Enseñanza burguesa y enseñanza libertaria*, de Grave, trabajo leído por su autor en la sesión inaugural de los cursos de enseñanza libertaria en el «Hotel de las Sociedades Sabias», en París. *La verdad en cuestión religiosa*, y otros no menos notables artículos. En España se suscribe en la imprenta Progreso, Torreiro, 22, Coruña, y en esta Administración al precio de 0,50 pesetas cuaderno.

Criminología Moderna (Buenos Aires, Abril).—Notable es el número de Abril. Tratados todos los asuntos de criminología con la alteza de miras que es la característica de la ciencia positiva, se hace ameno este estudio asaz prosaico, é ilustra sobremedera en Derecho penal, aun á los menos estudiosos. Con tal sencillez están expuestos los pensamientos é informaciones en esta brillante Revista que dirige Pedro Gori. Hay *Atavismo y Delito*, de Guillermo Ferrero; *La obra de G. D'Annunzio ante la psiquiatría*, de Scipio Sighele; *Mundo criminal norteamericano*, de C. Steevens; *El amor y el dolor en la criminalidad*, de Pío Viazzi; y otros y otros que demuestran del modo cómo penetran las ciencias modernas en el derecho y en la consideración del criminal. Se suscribe en Talcahuano, 379, Buenos Aires.

La Revista Judicial (Buenos Aires, Abril).—Procesos, causas célebres y asuntos referentes al poder judicial, están tratados aquí con la amplitud que requiere una Revista dedicada exclusivamente á este objeto. Hay varias vistas de causas de la capital argentina, y de que no hacemos un largo informe, tanto porque no es asunto que interese mucho á nuestros lectores, como porque, habiéndonos extendido algo en las otras revistas, tenemos que abreviar.

Continúan siendo instructivas y amenas *Revista Nueva*, simpática Revista madrileña; *Revista Jurídica*, instructiva Revista vallisoletana; *El Foro Español*, Revista jurídico-administrativa de Madrid; *Revista Vinícola Ilustrada*, de ídem; *La Escuela Práctica*, Revista pedagógica de Ciudadela; *La Cooperativa Catalana*, Revista mensual de Barcelona; *La Unión Espiritista*, de ídem; *La Educación Contemporánea*, de Colima, y *El Hijo del Ahuizote*, de Méjico.

Además hemos recibido el primero y segundo números de *La Nueva Humanidad*, de Rosario de Santa Fe, y *El Obrero*, de Badajoz, ambas Revistas sociológicas que compañeros de una y otra localidad publican, y que recomendamos.

FOLLETOS

Hemos recibido la nueva edición francesa de *A mi hermano el campesino*, por Eliseo Reclus, de la Biblioteca de *Temps Nouveaux*, y *La Commune de París y la noción del Estado*, por Miguel Bakounine, edición francesa del Grupo de Estudiantes socialistas Revolucionarios Internacionales.

También hemos recibido un primoroso opúsculo, edición italiana, titulado *Primo Maggio*, del Dr. Ezio Rubini, de Buenos Aires.





SECCIÓN LIBRE

LA CUESTIÓN DREYFUS Y EL DESARME

Se recordará la profunda emoción producida por la circular del zar: el estupor que en el primer momento causó fué general; aprensiones mal disimuladas en las altas esferas; esperanzas vagas, pero entusiastas, en el corazón de la multitud.

Después vino la reflexión, y, tranquilizadas las potencias, respondieron favorablemente á la proposición del autócrata ruso y se convino en llevar á cabo la Conferencia.

Hoy se está celebrando, y todo el mundo sabe que no dará ningún resultado: nada provechoso podrá surgir de su seno.

El desarme no puede ser obra de los gobiernos: éstos pertenecen á los grandes, á los ricos, á los poderosos, quienes sin ejército no pueden vivir.

Lo necesitan para ahogar en el pueblo todo espíritu de protesta, provocado necesariamente por la miseria y la opresión. Lo necesitan para mantener divididas las naciones, que, á estar unidas, barrerían los tronos y los Parlamentos. Lo necesitan para defender contra sus enemigos del interior y del exterior sus bienes y sus personas. Lo necesitan porque el patriotismo, religión nueva, remplaza al culto en los pueblos donde ha triunfado la incredulidad; porque la fe, una fe cualquiera, es indispensable para la sumisión de los espíritus, para la dominación de las conciencias.

Tienen necesidad del ejército, porque el ejército es el cuartel, y éste, al privar al hombre de voluntad, fabrica y prepara los esclavos.

Los patronos tienen además necesidad de ejército, porque las nuevas condiciones de producción y de circulación de los productos han cambiado las antiguas relaciones económicas.

En tiempo de paz, el ejército absorbe un cierto número de brazos y aligera el mercado de trabajadores. En tiempo de guerra, la muerte aclara las filas y hace disminuir el número de los parados. En todo tiempo, las preocupaciones de las fronteras favorecen las diversiones que necesitan los Estados para acallar el descontento público ó hacerle cambiar de dirección.

Como se ve, el desarme no podrá ser la obra de los gobernantes, sino la de los pueblos: éstos nada tienen que defender; en su propio país todo se lo han quitado; lo mismo la libertad que el bienestar. Nada pueden ganar en las expediciones ni las conquistas, y sin embargo, ellos son los que en hombres y en recursos pagan todos los gastos de la guerra: vencedores ó vencidos, siempre salen de ella empobrecidos y diezmos.

Sólo en la paz se puede trabajar por la emancipación del pueblo; y la paz, la paz universal será la obra de los internacionales.

Pero nuestro internacionalismo no es el que la ignorancia de unos y la mala fe de otros nos atribuyen. Él no grita: ¡Abajo Francia! ni ¡Viva Alemania!, lo cual sería manifestar odio á un país y amor á otro, resultando un patriotismo al revés.

Nuestro internacionalismo reside en los sentimientos de simpatía y de fraternidad que experimentamos por todos los seres humanos, sin distinción de nacionalidades ni de razas.

Él se inspira á la vez en la razón y en los hechos: en la razón que nos dice que si en épocas de esterilidad, de indigencia y de ignorancia la lucha por la vida necesitaba los conflictos y las guerras, en los tiempos actuales de riqueza, de abundancia y de saber, esa lucha se ha hecho criminal; en los hechos, que demuestran que la evolución se efectúa en el sentido de una dilatación constante de todas las fronteras y de una penetración cada vez más profunda de agrupaciones y de civilización. Las ideas nobles y justas de paz y de fraternidad universal van poco á poco, en todas partes, haciendo progresos manifiestos. En este país se desarrollan actualmente más que en ningún otro, gracias á la cuestión Dreyfus.

Este asunto les ha sido un verdadero campo de cultivo: él ha revelado el fondo miserable de las mentiras patrióticas, las vergüenzas del militarismo y los peligros de las apoteosis guerreras.

Hay que felicitar y alegrarse por la marcha de esa cuestión, que ha abierto los ojos más obstinadamente cerrados, que ha flagelado á los generales, mostrando las infamias de que vive el Estado-Mayor, y lanzado sobre el prestigio del uniforme un descrédito del que no se repondrá jamás.

Para neutralizar el mal efecto producido por los crímenes, las mentiras y las faltas cometidas por aquellos que ocupan en el ejército los puestos más deseados y desempeñan las más delicadas misiones, los nacionalistas se disponen á recibir mañana á un oficial de quien quieren hacer un héroe y al que nos presentan como un bienhechor de la humanidad y una de las más puras glorias de Francia.

No caeremos en el lazo que esas gentes hábiles tienden á los crédulos. Jamás consideraremos como un bienhechor, como un héroe, á un hombre que, por el oficio que ejerce, la carrera que ha seguido y las misiones que puede tener que desempeñar, no sabrá vivir ni ascender sino llevando la guerra á alguna parte, y que, matando ayer con el comandante Urchinard, jefe de la columna expedicionaria de que él formaba parte, matará mañana aquí, allí ó en otra parte, bajo pretexto de civilización, de gloria, de orden ó de prosperidad nacional.

Si el asunto Dreyfus no tuviera como consecuencia el arrancar del corazón del pueblo el ídolo militar; si, á pesar de las lecciones que de él se desprenden, las multitudes fueran aún bastante indignas para aclamar á un militar, cualquiera que sea su nombre ó su grado, y le hiciese una acogida triunfal, habría que convenir en que la conciencia de este país estaba infestada de militarismo mucho más de lo que es permitido esperar.

Se encuentran entre los partidarios de la revisión buen número de hombres que no tienen bastante independencia de espíritu para separarse resueltamente de las preocupaciones y de los errores de antaño, negándose á sacar del particular la enseñanza rigurosa y extrema que de él se desprende.

Tanto peor para ellos: nosotros los dejaremos atrás en el camino; nosotros conti-

nuaremos hasta el fin, es decir, hasta la supresión de los ejércitos, prólogo de la pacificación universal.

La repugnancia que sentimos por el militarismo, el odio y el desprecio que nos causa la guerra, no se detendrán en la mitad del camino, no se acomodarán con un desarme parcial; llegarán hasta el universal y definitivo.

Sólo á ese precio se obtendrá la paz del mundo, y hay que pronunciarse á su favor abiertamente.

Los discursos pacíficos no son más que vanas declamaciones en boca de aquellos que pretenden conservar en el seno de una civilización que debiera ser de fraternidad, nuestras instituciones guerreras y feroces.

Yo, por mi parte, deseo sinceramente la concordia; la llamo con todas mis fuerzas; he ahí por qué con la misma energía pido la abolición de los ejércitos.

Una palabra más, y concluyo: hay, sin embargo, una clase de desarme que no aconsejaré nunca que se haga; es aquel por el cual nosotros abdicaremos, nosotros dejaremos el campo libre á nuestro secular enemigo: la autoridad.

¿Desarmarse ántes la autoridad que mata? Jamás: eso sería un crimen.

Colocados en ese terreno, en la lucha que el mundo revolucionario ha emprendido contra las injusticias y desigualdades sociales, lo decimos muy alto: no nos desarmaremos hasta después de obtenida la victoria en toda la línea.

Cuando el suelo y lo que produce pertenezca á todos; cuando los gobiernos hayan desaparecido; cuando, en fin, el individuo sea libre para vivir y desarrollarse, satisfaciendo sus necesidades físicas en medio de la paz de su corazón y de la expansión de su pensamiento; entonces, y sólo entonces, depondremos las armas.

SEBASTIÁN FAURE.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

Americanismo.

Los fundadores de los Estados Unidos, aquellos puritanos que emigraron de su país para establecer en América una sociedad basada en la más pura interpretación del Evangelio, los que con el hacha en la mano y la Biblia en el bolsillo talaban los bosques alternando el trabajo del colono con la oración del cristiano, han engendrado una ralea de bandidos y de burgueses que asombra al mundo con sus fechorías.

El amor de Dios y del prójimo llenaba el sentimiento é inspiraba la inteligencia de aquellos emigrantes de quienes descendía el gran Washington, el santo de la democracia; pero sus sucesores actuales danzan en ronda vertiginosa alrededor del becerro de oro.

Cristianos y demócratas, cada millonario de los que ocupan la cúspide de aquella república tiene más riquezas y casi tanta soberbia como un Faraón de Egipto, mientras los ciudadanos de la clase de proletarios viven en una condición que recuerda la de las más infimas castas de la antigüedad.

«Cada uno para sí y Dios para todos» es el lema de aquella gente, principio de aspecto mogigato que encubre un manso egoísmo que, elevado á potencia, se ha convertido en el *trusts*, especie de conchabanza ó confabulación para apropiarse legalmen-

te lo ajeno, con tanto ingenio y no menor eficacia que si lo hubiera ideado el mismo Caco.

He aquí lo que, á este propósito, traducimos de *L'Express*, de Lieja:

"Los "trusts,, en los Estados Unidos.

El sistema de protección aduanera de los Estados Unidos, que para ciertos productos equivale á un franco prohibicionismo, ha favorecido á los *trusts* hasta un extremo imponderable.

Al paso que van las cosas, pronto no quedará una sola industria que no sea monopolizada ó intervenida por los grandes señores del capitalismo yanqui.

Un importante semanario de Nueva York, *The Commercial and Financial Chronicle*, dedicado particularmente al estudio de los *trusts*, ha publicado recientemente la lista de los sindicatos de este género constituidos en el primer trimestre de este año, y, aunque incompleta, ya que el autor no clasifica entre los *trusts* sociedades comerciales que resultan de la fusión de pequeños establecimientos, ni las sociedades anónimas comanditarias, explotadas en su origen por particulares independientes, la lista es de lo más edificante.

El citado semanario, que no entiende por *trusts* sino las confabulaciones que tienen por objeto el monopolio de determinadas industrias, hace constar la creación, durante los tres primeros meses del año corriente, de 67 sindicatos que representan en conjunto un capital de 1.526 millones de dollars, ó sea 7.630 millones de francos.

Entre estos nuevos *trusts* se cuentan el del acero y alambres con un capital de 90 millones de dollars; el de Nueva York para el alumbrado, la calorificación y la producción de fuerza por el gas y la electricidad, con 72 millones; la Compañía de la lana americana, con 65 millones; el *trusts* de la fundición, con 65 millones; la Compañía nacional de tubos, con 60 millones; el *trusts* del hielo, con 60 millones; la Compañía nacional del acero, con 59 millones; la Compañía republicana del hierro y del acero, con 55 millones; la Sociedad para la fabricación de los objetos de caucho, con 50 millones.

Añadamos que algunos *trusts* ya existentes han aumentado su capital: la Compañía americana de tabacos ha elevado su capital de 35 á 70 millones de dollars, y la Compañía continental de tabacos, de 75 á 100 millones.

El año próximo pasado se distinguió por una verdadera eflorescencia de *trusts*, contándose 38 con un capital, en conjunto, de 916 millones de dollars. Como se ve, estas cifras, que parecen extraordinarias, han sido sobrepasadas con mucho por los resultados del primer trimestre de este año; porque no solamente los *trusts* son más numerosos, sino que reúnen capitales mucho más numerosos. En efecto, de los 38 *trusts* constituidos en 1898, 13 tienen un capital inferior á 10 millones de dollars; 11, de 10 á 19 millones; 8, de 20 á 49 millones, y 6, más de 50 millones; uno de ellos, el *trusts* del acero (*Federal Steel Co.*), 200 millones, ó sea ¡1.000 millones de francos! De los 67 *trusts* constituidos en el curso del primer trimestre del año actual, 16 poseen un capital inferior á 10 millones de dollars; 20, de 10 á 19 millones; 21, de 20 á 49 millones, y 10, más de 50 millones.

Alúnciase ahora la constitución de un nuevo *trusts* superior á todos los precedentes. Los establecimientos de Carnegie, en Pittsburg, acaban de ser adquiridos por una Sociedad por el precio de 300 millones de dollars, 1.500 millones de francos. Estos establecimientos comprenden minas de hierro que contienen el mejor mineral y los carbones más ricos de la Unión. Una flota de vapores, propiedad de Carnegie transporta el mineral extraído cerca del Lago Superior á Cleveland, desde donde un ferrocarril de 1.100 kilómetros de longitud, propiedad también de Carnegie, continúa el transporte hasta Pittsburg. Para formarse idea de la importancia de estos establecimientos, baste decir que producen anualmente tres millones de toneladas de hierro en bruto, más de tres veces la producción de la Bélgica entera, casi la mitad de la de toda Alemania y poco menos de la tercera parte de la de los Estados Unidos. ¿Qué concurrente podrá luchar con ese *trusts* monstruoso?

Para que se vea cómo los *trusts* dominan el mercado y explotan al consumidor, he aquí un resumen de la manera cómo funciona el *trust* de la carne. Cinco importantes razones sociales de Chicago, aunque no federadas, han establecido entre sí un acuerdo tácito para evitar la concurrencia: al efecto monopolizan el mercado americano, lo que les permite dictar los precios á los ganaderos y á los carniceros. El precio de la carne establecido en Chicago es uniforme para toda la Unión, y los carniceros no son ya sino revendedores de carne. Algunos intentaron rebelarse contra esta dependencia, pero no tardaron en sucumbir. Gracias á sus gigantescos negocios, á los perfeccionamientos introducidos en su industria, á la utilización sistemática de todos los derechos, esas grandes Compañías venden más barato que los carniceros. Naturalmente, después de imposibilitada la concurrencia, han subido los precios. Ellas son las que proveen de carne la mayor parte de los grandes ejércitos europeos: los soldados ingleses durante la campaña sudanesa, los chinos y japoneses en el curso de la última guerra, y los ejércitos americano y español durante la campaña del año último, se alimentaron principalmente con la carne de Chicago. De esa misma carne comen aún en sus cuarteles los soldados alemanes, franceses y rusos. El año pasado se expidieron de Chicago cerca de 1.000 millones de libras de carne conservada en cajas, más de 1.000 millones de libras de carne fresca, y 15 millones de *quartiers* (cuarta parte de un todo) de buey. Cerca de tres millones de bueyes iban sacrificados en Chicago en el curso de este año á la fecha de la publicación de estos datos. Se calcula en 1.000 millones de dollars (5.000 millones de francos, tanto como la indemnización de guerra que Francia pagó á Prusia), la cifra de los negocios anuales de las cinco Compañías monopolizadoras de la carne.

¿Qué puede ser en esas condiciones la libertad comercial? Esto viene á ser un colectivismo al revés, fundado por un puñado de milmillonarios, para su provecho exclusivo.

JACQUES GRANIT.»

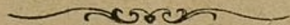
Hace poco vimos, en un notable trabajo del mismo autor y de la misma publicación, que el militarismo nos lleva á la guerra inmediata, que será la matanza de la juventud trabajadora, la miseria negra de los pobres que queden con vida y la destrucción de infinitos beneficios agrupados por el trabajo de las generaciones pasadas.

Ahora acabamos de ver adónde llega el capitalismo en un país modelo, que los demás países tratan de imitar en cuanto lo permite la idiosincrasia de cada uno.

No puede ser más patente el fracaso de los principios religiosos, políticos y jurídicos que la gente oficial y la gran masa de los indiferentes y de los rutinarios proclaman como base de la sociedad humana.

Que los hombres de recto juicio y de nobles sentimientos no olviden que lo fracasado y caduco vive aún acatado y esplendoroso en suntuosos templos y en soberbios palacios, y exciten su inteligencia para que broten aquellas salvadoras iniciativas que han de poner en el lugar que le corresponde este mundo, infeliz, maltrecho y desquiciado.

ANSELMO LORENZO.



LA DOCTRINA DEL BIEN

MI CONVICCIÓN

Lo que más caracteriza al verdadero filósofo es no enseñar la filosofía.

Las verdades más sencillas, son siempre las últimas que llega á conocer el hombre.

LUIS FEUERBACH.

No es una idea lo que expondré á mis respetables lectores, sino el resultado práctico de la más sencilla filosofía.

«Necesitamos hechos, y una filosofía positiva, basada en la naturaleza y la razón.»
—*Tuttle*.

Este es, pues, mi propósito; demostrar la sencilla verdad de un ideal basado en la naturaleza y la razón. Doy principio, pues, á *Mi convicción*, dividiéndola en partes:

- 1.^a El universo, que para todos es el mismo, no es creación de los dioses ni de los hombres; ha sido y será siempre el desarrollo progresivo de una esencia primitiva.
- 2.^a La esencia del universo, ha tenido que ser una única é increada.
- 3.^a Una fuerza separada del universo que guiara á éste, es una idea opuesta á la razón.
- 4.^a Lo increado es necesariamente eterno, infinito, absoluto é inmutable; por eso no puede existir fuerza alguna separada del universo.
- 5.^a Que el universo es infinito, como he dicho, y que en el infinito no hay fin.
- 6.^a Siendo el universo infinito, ni hay en él espacio que no esté ocupado, ni la pérdida del más pequeño movimiento, ni cuerpo sin tener vida.
- 7.^a No sabiendo cuál ha sido el primer mundo que se formó, y habiéndose desprendido lo que llamamos creación, naturaleza ó universo de una primitiva esencia, ¿se puede negar que los demás planetas tengan vida y estén habitados?
- 8.^a No hay ser humano, por inteligente que sea, que pueda asegurar los millones de siglos transcurridos desde la primitiva esencia hasta nuestros días, y el primer mundo que se formó.
- 9.^a No quiero decir que todos los mundos existentes tengan las mismas condiciones de vida, sino al contrario, con relación al progreso de los seres que lo habitan.
10. Siendo infinito el universo, es necesario que lo sea también el progreso.
11. Para que el progreso sea una verdad, nuestra inteligencia no puede perderse.
12. Si la propiedad de los cosmos consiste en llevarse hacia ellos á la inteligencia para desarrollarla y eternizarla, no tengo inconveniente en que la mía sufra esta variación.
13. Leyes desconocidas hasta para las más desarrolladas inteligencias están compenetradas en el universo, las cuales son la única y verdadera imagen de la inteligencia creadora y progresiva sin fin.
14. Todas las leyes que existen se encierran en dos: justicia y misericordia.
15. Las leyes que rigen el universo han de ser necesariamente increadas, y como resultado de esto, absolutas, rigurosamente justas é inmutables, pues que de faltar una faltarían todas.

16. La igualdad sólo puede existir en el cumplimiento de las leyes, porque de llegar á la igualdad se habría encontrado un fin, y el fin no existe.

17. El libre albedrío sólo pertenece á la voluntad, no á los hechos.

18. La transformación de los componentes corporales y el cambio de ambiente, es lo que llamamos muerte.

19. El mal no es un poder con atributos fijos, sino el resultado de la ignorancia, el producto de la astucia y el atrofiamiento de la razón.

20. Luchar con la razón es lo único que caracteriza al hombre.

21. Sin lucha, no hay progreso.

22. Nuestra vida no es más que un soplo de aire comparado con el huracán.

23. Todas las manifestaciones y hechos de los malvados, ni se acaban con la muerte ni se pierden en el infinito.

24. El cerebro, el corazón y demás componentes de nuestro organismo, son los instrumentos en que el artista ejecuta sus aspiraciones.

25. Pruebas irrefutables demuestran que nuestras ideas son innatas.

26. El hombre más elevado en sabiduría, en experiencia y en sufrimientos, siempre debe considerarse niño.

27. El absurdo de los absurdos, la esencia de las aberraciones, son el crimen y el suicidio.

28. Desde el corazón humano más prostituido hasta el más amoroso y humanitario, existen un sin fin de gradaciones que van desarrollándose paulatinamente.

29. Si no fuese una realidad la eternidad de nuestro sér, así como nuestro propio progreso, ¿no es cierto que en este mundo existe bastante corriente para arrastrar y anonadar todo lo que al progreso tiende?

30. Nuestras acciones, que son el producto de nuestra existencia, no pueden perderse en la inmensidad, pues en ella está lo infinito y en éste no hay punto de salida.

31. Que la razón y la conciencia son los componentes eternos de nuestro sér.

32. Que no hay que presentarse ante un jurado para dar cuenta de nuestras acciones, porque el tribunal que ha de fallar su sentencia lo lleva eternamente consigo el sér; la razón, nuestro juez eterno; la conciencia, el cumplimiento de las leyes.

33. El trabajo, el sufrimiento, el sacrificio, la lucha, que son los elementos para el progreso, son eternos como todo lo demás; de no ser así, no sería eterno el progreso, ni sería una verdad el infinito, ni se podría almitir la justicia de las leyes, ni la exacta y armoniosa complicación del universo.

Y voy á hacer punto final á *Mi convicción*.

Admitiendo como verdad única la precisión de una primitiva esencia increada; de leyes absolutas y eternas para su desarrollo; del eterno é infinito de todo lo existente y lo que pueda existir como resultado de lo increado; la necesidad del progreso para su desarrollo; del exacto cumplimiento de las leyes; del trabajo eterno é infinito sin reposo para el progreso; de no ser posible admitir en el eterno é infinito la pérdida del más insignificante movimiento, así como espacio que no esté ocupado, ni cuerpo sin tener vida; que la razón y la conciencia, acompañadas de la inteligencia, son los componentes eternos é infinitos del sér; la necesidad de varias transformaciones para el progreso; que no hay tiempo en el eterno é infinito; que siendo eterno é infinito el universo nuestras buenas ó malas acciones no pueden perderse; que el único que nos ha juzgado, nos juzga y nos juzgará, es nuestra propia razón, según en el grado en que es aplicada; que la mejor de las cualidades del sér es el desinterés;

que siendo el universo un sin fin de gradaciones, no es posible admitir la igualdad, sino en el cumplimiento de las leyes; que sin lucha no hay progreso; que sin sacrificio no hay lucha; que sin sufrimiento no hay sacrificio; que sin amor no hay sufrimiento; que sin conciencia no hay amor; que sin razón no hay conciencia, y que sin estas dos cualidades no hay ser, pues sólo restan la inteligencia y el instinto, esencia de la animalidad.

SALVADOR ROMA.

NOS ACUSAN...

Da grima escuchar á los reaccionarios cuando discurren acerca de las causas y consecuencias que han producido la formidable catástrofe que al presente nos amaga.

Ellos, que suponen la rémora de todo progreso regenerador; ellos, cuyo espíritu mezquinamente maquiavélico y atrabiliario informa y da vida á toda decadencia y social aniquilamiento; ellos, los sombríos reaccionarios, los sacrificadores hediondos de la libertad, los conculcadores insidiosos del derecho, los fatídicos secuaces del absolutismo y de la preponderancia clerical, los que, con su influencia perniciosa, todo lo barrenan, violan y perturban, tienen la desfachatez solapada, el cinismo vituperable, la desvergonzada osadía de asegurar *à priori* que todos los males, derrotas y humillaciones sufridos actualmente por la desgraciada España son la obra maléfica de la democracia entronizada por el liberalismo, que ha pervertido las *santas costumbres* de este gran pueblo hispano con sus predicaciones ateístas y libertarias, con sus irreligiosidades y profanaciones sacrílegas de todo lo *santo y respetable* y clarineando guerra contra todos los privilegios *divinos* y humanos.

Es muy cómodo y conocido el procedimiento. En todas las épocas procedieron con el mismo descaro é impudencia los seides luctuosos de la reacción.

Culpar de los grandes y dolorosísimos reveses que acabamos de experimentar á la democracia, cuando la democracia no ha llegado todavía en esta desgraciada Península al deslumbrante apogeo de su redentora preponderancia, es altamente quijotesco.

Los que discurren así, los que afirman que nuestra irreligiosidad y descreimiento han producido la *débacle* que llora España, ignoran, sin duda alguna, que tenemos ministros de Guerra y de Marina tan fervorosamente católicos, que *no pueden pasarse sin oír varias misas diarias*.

No son, no, los vientos de libertad y democracia que animan los últimos momentos de la azarosa existencia de este gran siglo, los que producen las sangrientas hecatombes y espantables ruínas de la índole de la que acabamos de experimentar. Es el espíritu de reacción que todo lo tiene perturbado, es el ultramontanismo agonizante que se congestiona al ver, en el febril paroxismo de su impotencia, que se aproxima la hora bienhechora de su muerte; pues bien se ve que en la inmensa mayoría de los casos, las naciones más libres, las más democráticas é irreligiosas, por su gran virilidad física y prepotencia intelectual, son las que triunfan dictando al mundo sus leyes é imponiendo sus costumbres. Nos acusan los reaccionarios de inmorales y perturbadores, y son ellos los que todo lo pervierten é impurifican con sus deletéreos alientos de tiranía y opresión.

Naciones decadentes y moribundas son aquellas en que predomina el fanatismo y gobierna la reacción.

La España de los frailes y de los toreros, del flamenquismo y del corazón de Jesús,

del fervor religioso y de la impiedad carlista, del rosario y de las castañuelas; la infeliz España del fanatismo exaltado y de la ignorancia supina, donde todos sabemos *rezar*, pero pocos *leer y escribir*, donde las escuelas ciérranse á millares y se fabrican sin descanso suntuosos edificios monacales, donde el jesuita es omnipotente y el maestro de escuela un sér famélico y despreciable; la desgraciada España, repetimos, de los cuernos y las cogullas, de las magníficas catedrales y de las soberbias plazas de toros, de los obispos belicosos y de los generales místicos, de las opulentas *señoras de la doctrina* y de las *infalibles marizápalos cartománticas*, de los chulos perdonavidas y de los beatos afeminados; la España, en fin, del fanatismo, de la superstición y de la ignorancia; esa, esa es la España decadente de la reacción, la España inepta del ultramontanismo, de la inmoralidad; esa, esa es la España aborrecible, la España culpable de todos los inmensos y vergonzosísimos desastres que hoy día padecemos; España odiosa y quijotesca que debe desaparecer, y que desaparecerá, para dar vida á la nueva España de la civilización, de la libertad y del progreso—que es la España feliz á cuya constitución aspiramos fervorosamente los hombres de ideas libres;—la España de la democracia triunfante, justa, fraternal y libertadora.

La reacción es la gran culpable de todas las enormes desdichas que actualmente nos aquejan, porque ella ha educado á los españoles en la torpe creencia de que los ídolos del catolicismo eran los venturosos y santísimos dispensadores de todos los bienes y de todas las victorias.

«Adora á Dios, venera á los *santos*, da tu dinero á los curas para que celebren funciones religiosas, y serás rico, feliz y omnipotente en el mundo, ya que todos los bienes y dichas de la tierra emanan directamente del Todopoderoso.» ¡Así lo ha creído la desgraciada España, y hoy toca las tristesísimas consecuencias de tan absurdo modo de proceder!...

Hubo una época histórica de desgracia en la que la Grecia omnipotente, la de las grandes virilidades y supremas inteligencias, cuyo espíritu grandioso inspiró al mundo entero alientos salvadores de libertad y progreso, afeminada por misticismos idolátricos y corrompida por immoralidades exuberantes, llegó á tal estado de envilecimiento y abyección rebajante, que en las manos de los griegos pesaban más las espadas que las cadenas de la esclavitud.

A tan lamentable estado parece haber llegado la infeliz España. Y entre la brillante capa de paseo que luce el *diestro* en las salvajes fiestas taurinas y el álbeo *zainfo* que ostenta el *sacerdote* en las grandiosas solemnidades religiosas, ya no se agita un pueblo viril y capaz de regenerar el mundo con sus ímpetus varoniles, sino una abigarrada masa de fanáticos y de degenerados, dispuestos, por su impotencia inviril y su ignorancia supersticiosa, á *dejarse echar la zancadilla por el primer advenedizo á quien tal se le antoje*... ¡A tal extremo de impotencia nos ha conducido el espíritu estrecho y mezquino de la reacción!...

Que la democracia, desatando sus vientos saneadores de libertad y redención y barriendo de cuajo cuantas inmundicias y morbosidades de reacción ignominiosa é ignorante fanatismo nos envuelve, evite la tremenda catástrofe á que parece estar abocada la infeliz España...

Si así no sucede en breve plazo, si el rayo revolucionario no surge pronto transformándolo y purificándolo todo, rodaremos, inevitablemente, al abismo insondable de nuestra disolución nacional y de nuestra ruína como pueblo libre é independiente.

DONATO LUBEN.



TRIBUNA DEL OBRERO

EXPANSIÓN

¡Acércatel... ¡Más!... ¡Así!... En tu cuerpo mis brazos, los tuyos en mi cuello, siempre juntos, siempre unidos en amoroso lazo, respirando los aires puros del campo, saturados de olorosos y embriagadores perfumes que rellenan el corazón de dulzura...

¡Qué dicha la nuestra! ¡Qué felicidad más grande!

¿No te consideras feliz estando á mi lado?

¿No te sientes dichosa gozando de los encantos que la pródiga Naturaleza ha proporcionado á ese pedazo de mundo ignorado casi de todos?

¡Sí, eres feliz; tus ojos me lo revelan! ¡Yo también lo soy, vida de mi vida, bálsamo consolador de mis pesares! ¡Sí, lo soy!...

Aquí, solos los dos, oyendo los chasquidos de nuestros besos, confundidos con los armoniosos cantos de los pajarillos que revolotean por entre el ramaje de esos árboles frondosos que dan sombra para que nos guardemos de los rayos que despide la luz vivificadora del astro solar.

¡Eso es vivir! Sin penas, sin tristezas, sin preocupaciones mundanales que impidan el placer á nuestros corazones y la satisfacción á nuestros cuerpos. ¡Eso es vivir! Gozando siempre, siempre amándonos, olvidados del mundo y olvidándolo nosotros.

Aunque los dos consideramos que la propiedad es un robo y, por lo tanto, la expropiación una necesidad, no ambicionamos nada; lo que deseamos lo tenemos. Queríamos mutuamente nuestro amor y lo poseemos, pues la ambición ha desaparecido de nuestros corazones...

¡Acércatel... ¡Así!... Siempre á mi lado, tus cabellos entre los míos, mis labios rozando con los tuyos, mis ojos reflejados en tus ojos, tu aliento confundido con mi aliento; eso es dicha, placer, amor...

.....
¡Oh, realidad maldita! ¡Cruel desengaño!... Sólo fué un sueño...

No, no soy feliz; era mentira...

La realidad desvaneció mi dicha, mis placeres, mi amor...

Sí, todo es así, todo es mentira para mí; la dicha no existe; fui dichoso una vez, y fué soñando...

Las dichas de ese mundo son eso:

Un sueño.

Reus.

J. Tous Puey.